

El dilema epistemológico de la antropología en tiempos de violencia

JUAN LUIS SARIEGO RODRÍGUEZ

En los últimos seis años, la violencia se ha apoderado del país. Como es bien sabido, sus principales víctimas han sido habitantes del norte: Chihuahua, Nuevo León, Tamaulipas, Baja California Norte, Sinaloa y Durango. Basten sólo estas cifras referidas al caso de Ciudad Juárez: en promedio los asesinatos por mes fueron: 135 en 2008; 229 en 2009; 259 en 2010; 173 en 2011; y 89 en los primeros meses de 2012. Este contexto de violencia —del que en este espacio no se discutirá— indudablemente interpela a los antropólogos, en especial a quienes vivimos en el norte, al menos en dos sentidos que representan un auténtico dilema epistemológico.

El primero de ellos se refiere al estatuto metodológico en el que es pensable hoy hacer antropología en contextos de violencia. Como es bien sabido, si algo distingue el quehacer de los antropólogos es el recurso al trabajo de campo como forma privilegiada de acercarnos a la realidad social y tratar de entenderla de manera comprensiva, tratando de recuperar la mirada y la voz de los actores sociales. La pregunta, entonces, es obvia: ¿Puede acaso la antropología mantener incólume su principio epistemológico básico, el de la etnografía directa e *in situ*, en estos tiempos aciagos de violencia? Y, en caso de que así fuera, ¿habría que aceptar que el mejor resultado que nos cabe imaginar a los antropólogos es el de convertirnos en corresponsales de guerra? Y aun en este caso, ¿en qué bando y bajo qué bandera y jerarquía deberíamos enrolarnos?

En mi opinión, y en contra de lo que algunos han planteado, una opción de tal naturaleza nos llevaría a nuestra autodestrucción. Porque esta guerra en medio de la cual vivimos no es una guerra convencional e incluso a veces pareciera tener más bien carácter de guerra civil. En todo caso, es claro que la observación participante presenta pocas alternativas para quienes no se

identifican ni adhieren con ninguna de las ideologías de los dos bandos en contienda: el de la violencia organizada o desorganizada y el del estado policial y militarizado. Por otra parte, es muy probable que adentrarse a fondo en el entorno de la violencia para entenderla desde sus propias entrañas, represente un camino sin regreso. Frente a esta opción, para mí, no hay duda que primero está la vida, y que si por algo hemos de pelear hoy los antropólogos es por defenderla y preservarla.

En el caso de los antropólogos que trabajamos en el norte del país, estas premisas se han convertido en materia de discusión cotidiana. En el escenario de descomposición social que estamos viviendo, añoramos los días en los que podíamos emprender largas temporadas de trabajo de campo con grupos numerosos de estudiantes tanto en el medio urbano como en el rural e indígena. Hoy, el olfato etnográfico y el miedo, no dejan de advertirnos que vale más nuestra seguridad que la pasión por el saber científico.

En muchos casos lo que vemos y sabemos de los entornos sociales en los que trabajamos no puede ser dicho ni escrito, porque hacerlo público equivale a exponernos y, por ende, exponer la seguridad de nuestros interlocutores y sujetos de estudio. Y cada vez que nos preguntamos acerca de cómo enseñar a nuestros alumnos qué es y cómo se hace antropología, nos enfrentamos a la evidencia de que muchos de nuestros tradicionales campos de acción y de experimentación social nos están hoy vedados por una profunda inseguridad y miedo a la violencia.

Si bien estas barreras epistemológicas nos alertan al modo de una alarma y limitan seriamente nuestras posibilidades de acercarnos a la realidad social



Señalamiento de la Cd. de Chihuahua. Fotografía Juan Luis Sariego





Estudiantes en trabajo de campo. Fotografía Nereyda

—al menos como lo hacíamos antes—, no menos es cierto es que los cuestionamientos planteados por esta nueva realidad de la violencia resultan difícilmente evadibles y escamoteados. Porque, a diferencia de lo sucedido antes, hoy la violencia ha dejado de ser un fenómeno coyuntural y aislado para convertirse en un eje toral alrededor del cual se entretejen muchos de los sentidos de la vida social. Estado, sociedad civil, economía, desarrollo, salud y bienestar social, política exterior; futuro del país y hasta nuestros anhelos profundos acerca del sentido sobre la vida y la muerte, todo, absolutamente todo, ha sido atravesado por este brutal rayo y trueno de luz que ha teñido de color rojo sangre todas las cosas. En otras palabras: ¿Cómo evitar tratar de entender el contexto en que nosotros mismos nos movemos? ¿Acaso no depende el futuro de cada uno de nosotros y el de nuestro país el salir de este oscuro callejón?

Ante esta situación, el dilema que se nos presenta pudiera plantearse en estos términos: o renunciar a nuestro modo convencional de conocer manteniendo una postura de lejanía y neutralidad en medio de los escenarios de violencia de los que no podemos evadirnos, o asumir que es preciso construir otra forma de conocimiento y práctica de la antropología que nos ayude a entrar y a intervenir en este escenario de caos, pero también a encontrar una salida que nos lleve a una era de post-violencia.

Tengo la impresión que, al menos en algunas regiones del país, de la forma como se resuelva este dilema dependerá el futuro próximo de nuestra disciplina y de las comunidades científicas que la practicamos. Me atrevo entonces a proponer algunas sugerencias que puedan ayudarnos a resolver este paradójico dilema en que nos encontramos.

Mi **primera propuesta** consiste en sugerir la urgente necesidad de entender el problema de la violencia desde una perspectiva global. Con ello quiero decir varias cosas; una de ellas es que debemos superar esa etnografía puntual y retratista que narra hechos casuísticos, pero que no va más allá de la escena de la violencia. Mis disculpas por haberlo hecho en una parte de este escrito. Por el contrario, me inclino a pensar que sería más útil una visión holística y sin duda interdisciplinaria del fenómeno de la violencia que nos ayude a entender qué pasó y está pasando en nuestra sociedad, y por qué la opción por la delincuencia volvió tan recurrente en amplios sectores de la población, en especial entre los jóvenes. ¿No es acaso éste el tiempo ideal para entender las profundas transformaciones sociales que se están operando en el seno de las familias, territorio de estudio predilecto de nuestra disciplina? En concordancia con nuestros saberes, deberíamos estar particularmente atentos a encontrar las raíces y expresiones culturales de

la crisis de violencia y legitimidad por la que atraviesa nuestra sociedad. Y, ¿acaso no es ahora el momento más oportuno para investigar, discutir y analizar los déficits de valores éticos que quizás están permeando los espacios de la educación, las prácticas religiosas y, en general, las formas de sociabilidad?

¿Qué decir de la política, del proceder de sus emisarios, del nivel de corrupción que atraviesa no sólo a los aparatos e instituciones del Estado sino incluso a la cultura política de la vida civil? El examen cuidadoso de la economía y, en particular, de la desigualdad social, estigma inveterado de los sucesivos modelos de desarrollo por los que este país ha transitado por largos siglos, resulta uno de los principales y más evidentes causales de la violencia.

La **segunda propuesta** planteada es consecuencia directa de una visión integral de la violencia y consiste en enfrentar, desde una perspectiva tanto de investigación como de intervención social, el grave problema de las víctimas visibles e invisibles de la violencia organizada y desorganizada. De su cuantía y de la gravedad de su situación ya hemos hablado con antelación. De su realidad profunda es poco lo que se sabe y mucho, creo, que podría aportar la antropología al respecto.

Si resulta urgente la construcción de nuevas interpretaciones sobre la realidad tan cambiante de nuestra sociedad, en la que la violencia se ha convertido en un eje rector, no es menos cierto que esta coyuntura debería ser para nosotros, los antropólogos, un acicate para reinventar nuevas modalidades de aplicar y ejercer de forma socialmente responsable nuestros saberes y habilidades con el objeto de contribuir a la reconstrucción del tejido social, la reafirmación de los modos de identidad que favorecen la adscripción de los grupos sociales y, en fin, la invención de todo tipo de estrategias que permitan reencontrar la tan ansiada paz social que hoy muchos reclaman.

Sugiero, en consecuencia, que esta amplia y compleja temática debe estar en el centro de los contenidos curriculares de la antropología que enseñamos, de las habilidades y competencias que tratamos de difundir y, sobre todo, de los valores que tratamos de inculcar en nuestros jóvenes alumnos. En estos días aciagos, y quizás más que nunca, urge incitarnos a la imaginación sociológica que, además de vislumbrar la utopía de una sociedad más justa, equitativa y respetuosa de la diferencia, sea lo suficientemente ingeniosa para descubrir las estrategias distintivas con las que los antropólogos podamos contribuir a encontrar salidas a este complejo laberinto en que vivimos.